

los que llaman « los niños de la conquista », porque nacieron como yo allá por el año de la guerra y de la invasión, ó sólo propio de mi familia, de este terreno exhausto á fuerza de abundantes cosechas y que ahora necesita largo período de barbecho? Voto á sanes, que del barbecho yo me encargo.

Para empezar, siendo la mujer y los barcos conforme á mi gusto las únicas distracciones apetecibles, ambas me las procuro y con abundancia. Hasta hoy no había dado como amante y marinero sino viajecillos de cabotaje; esta vez me lanzo á uno de altura y, si mis confianzas le interesan, me comprometo, mi querido Valongo, á llevar para V. un registro exacto de las expediciones y aventuras de un alma, que desde hace mucho tiempo el general y duque mi padre ha declarado lóbrega y peligrosa como un combate nocturno.

CARLEJO.

III

El cuarto de Ricardo, donde lo instalaron después de su síncope, daba, como todas las habitaciones del pabellón, al camino de Corbeil, que se extiende á manera de cornisa sobre el río y que es uno de las más alegres de la comarca. Treinta y cinco años antes, una mañana de Octubre de 1851 iban por aquella misma carretera, en medio de fina lluvia de otoño que los cogió de improviso, el Sr. Fénigan, notario en Draveil y propietario en Uzelles, y su vecino de Granburgo, el anciano duque de Alcántara, para inscribir en el registro civil al niño nacido la noche antes. El duque, que fué por casualidad aquella mañana á casa de su notario, quiso servirle de testigo en prueba de simpatía; y aquella larga caminata, bajo un paraguas prestado, del modesto notario de campo y del ilustre soldado de Napoleón, cogidos amis-

tosamente del brazo, dejó en los fastos de la casa de Fénigan recuerdo no menos glorioso que la firma del gran general en los libros de la municipalidad.

La madre padeció mucho tiempo á consecuencia de esta tardía llegada del niño Ricardo. Durante varios años tuvo que permanecer tendida en una butaca, y como el notario pasaba el día fuera por causa de sus ocupaciones, el pequeño, única distracción de la enferma, creció á su lado, solitario, encerrado, sumido desde la primera edad en el silencio y los ensueños, en aquel cuarto donde no tenía para entretenerse más que el espectáculo del camino con su tránsito de carretas, coches, hombres y animales, peones, pastores, hortelanos y mercaderes ambulantes. Así es que conocía perfectamente la blanca carretera, verdadero panorama donde sus constantes y pacientes ojuelos sabían descubrir mil detalles que los demás no sospechaban. El camino le decía la hora mejor que el reloj de sol instalado en mitad del jardín. Cuando en verano el caminero Robin colocaba su carretilla contra la pared de enfrente, junto al manantial, el niño se decía: « Robín almuerza... es la una. » Y su alegría era ver al hombre y á sus dos hijitos sentarse á orillas del camino, sirviéndose de la ca-

retilla como de mesa; terminada la comida, la mesa se transformaba en sillón, ancha butaca algo dura donde el peón caminero se sentaba á dormir la siesta, mientras los chiquillos se entretenían dos pasos más allá haciendo montoncitos de piedras parecidos á los de su padre. Y cuando las mujeres volvían de lavar su ropa, cuando el ganado desaparecía por el gran pórtico de la vecina granja, ó cuando los niños, que regresaban de la escuela de Draveil, se dividían en varios grupos en la esquina de la fuente, Ricardo sabía que eran las cuatro.... las cinco.... las seis.

El camino era su almanaque á más de servirle de reloj. El lunes, los pobres, un desfile interminable de andrajos y de muletas que aparecían sin que se supiera cómo y siempre los mismos rostros macilentos y negruzcos que acudían al ventanillo de la puerta principal para recibir de manos de la jardinera dos cuartos y un pedazo de pan. El sábado las bodas á la moda de la antigua Francia, con el violinista al frente, descaderándose para marcar el paso, y poniendo en movimiento toda la aldea con su *crin-crin*. Luego la novia vestida de blanco, encendida de color y sudando bajo su corona de flores de azahar, el novio que recoge el polvo ardiente del camino en la seda de su sombrero alto y el paño negro de

su levita; después los amigos convidados, dos á dos, las mujeres muy orgullosas de arrastrar los flecos de sus pañolones, y los hombres medio cortados de presentarse en público un día de trabajo con los brazos parados y sus vestidos dominigueros. Los martes y jueves, víspera de mercado en Corbeil, pasaban grandes rebaños de bueyes y las casuchas-coches de los vendedores de ferias, que en ocasiones se paraban delante de la quinta para ofrecer sus mercancías. Los domingos de verano, las asociaciones orfeónicas paseaban con música sus banderas resplandecientes de medallas ganadas en certámenes y hacían el ejercicio los bomberos. Con el otoño venían los tránsitos de tropas, de cañones que sacudían con la trepidación las casas, y siempre, en torno de la fuente, los soldados sudorosos que se precipitaban y luchaban unos con otros para beber, no obstante los gritos furiosos del comandante. Otras veces, grandes *breacks* de caza llevaban hacia el bosque que linda con el camino los invitados de los palacios-quintas inmediatos, Granburgo, La Granja, Merogis, carretadas de morrales nuevos y de armas que hacía brillar el rojizo sol.

Pero el día preferido por Ricardo, el que con mayor ansia esperaba, era el jueves, cuando á eso de las tres de la tarde resonaba debajo de las

ventanas un enjambre de vocecillas infantiles, extendiéndose por toda la anchura del camino con sus sombreros de paja adornados de cintas azules y sus largas esclavinas, las huérfanas de Soisy, que se paseaban al cuidado de dos ó tres tocas blancas de hermanas de la caridad. Casi siempre las hacían entrar en la quinta, para jugar y merendar en el césped del jardín. ¡Qué regocijo para Ricardo, que no conocía más niños que aquellas pobrecitas ante las cuales aparecía como un rey en aquella atmósfera de florido lujo; y con qué miradas de desolación las veía marcharse, después de los juegos, de las carreras y risotadas en las alamedas, siguiéndolas con la vista hasta la vuelta del camino, en que mariposeaban con sus alas blancas las tocas de las hermanas, agitadas por el viento fresco del río!

¡ Oh, cuán grande era el espacio que ocupaba en sus recuerdos aquel camino de Corbeil! Su infancia y su juventud parecían como cruzadas por una ancha carretera polvorosa, donde se desarrollaban los grandes acontecimientos de su vida. ¿No fué por ventura allí, en un ángulo marcado más tarde por una alta cruz de hierro, donde el Sr. Fénigan, que volvía de Draveil, cayó herido repentinamente por la apoplejía? Ricardo tenía entonces diez y seis años y llamado en seguida

del liceo Luis el Grande, donde seguía con dificultad sus estudios, el pesar que le causó esta trágica muerte tuvo una compensación en la esperanza de no volver al colegio. Ese destierro del pequeño Fénigan fué causa de violentas discusiones en casa del notario, pues la madre quería conservar junto á sí el niño dándole un maestro, mientras el padre era partidario de la educación y la disciplina universitarias, temiendo que la vida exclusiva del campo hiciera á Ricardo tan rústico y salvaje como los hijos del peón caminero. Aunque por costumbre era muy débil ante su mujer, á quien llamaba su buen tirano, el Sr. Fénigan se mantuvo firme esta vez; sordo á su llanto y sus imprecaciones, llevó en persona á Ricardo y lo encerró como interno en los negruscos paredones del liceo parisiense, de donde no habría salido más que al fin de sus estudios, á no ser el fúnebre telegrama que le anunciaba su orfandad y lo llamaba á Uzelles.

¡Cuán bello le parecía su camino mientras seguía el féretro, al frente de enorme y silenciosa multitud! Los pastos estaban ya crecidos y las oleadas de los trigos brillaban al sol. Á cada paso surgían los recuerdos de su infancia pasando ante sus ojos: los bosques y el río le enviaban aromas que lo aturdián y se hacía el reproche de sentir

detrás de sus lágrimas cierto bienestar, una suave alegría en encontrarse con aquella naturaleza familiar que amaba con todos sus instintos y de la cual le había costado tanto separarse. Y decir que no volvería á abandonarla, de acuerdo en esto con su madre que pensaba, viendo desfilas oculta por una vidriera el largo séquito: « ¿ Qué iría á hacer en París? ¿ Para qué continuar estudios mal comenzados y sin brillo? ¿ Para qué aspirar á que suceda en la notaría á su padre, puesto que somos ricos, privándome de mi único hijo? »

Al día siguiente de volver á Uzelles, Ricardo puso todos sus libros de estudio en una caja que cerró febrilmente y la hizo subir al granero, resuelto á no abrirla nunca, lo mismo que los repugnantes libracos que tanto tiempo lo habían atormentado. Era, como casi todos los jóvenes de la clase media educados en el campo, de temperamento indolente y contemplativo, tímido hasta parecer huraño, de pocas palabras, y que sólo se interesaba por los ejercicios al aire libre, la pesca, el caballo, de que abusaba, no leyendo nunca un libro ni un periódico, excepto *La Caza Ilustrada* y alguna que otra entrega de *La Vuelta al Mundo*. Levantábase temprano y su madre no le veía sino á las horas de comer; pero de noche salía poco y hacía con ella dos partidas de ajedrez que duraban

hasta las diez, el irrevocable cubre-fuego de todas las luces de la quinta y sus dependencias. Pocas visitas. La larga enfermedad de la Sra. de Fénigan había alejado á los amigos de Draveil y de Soisy; y aunque ahora tenía la viuda cabal salud, encontrábase demasiado dichosa en compañía de su hijo para reanudar las interrumpidas relaciones.

Pasaron diez años de esta existencia uniforme, sin agitaciones. Algunos convites de los aristocráticos vecinos de Granburgo al abrirse la caza, un viaje al Havre para comprar un pequeño *sloop* que se le antojó á Ricardo, fueron los acontecimientos notables de su vida en aquel período. También hubo, dos veranos seguidos, la visita á la quinta de Uzelles de unos parientes que los Fénigan tenían en Lorient, el padre, la madre y una jovencita, que siempre andaba á caballo con un sombrerillo hongo en la cabeza, trotando sola en compañía de su primo. En toda la comarca, donde los Fénigan eran conocidos por causa de su gran fortuna, corrieron rumores de que Ricardo iba á casarse; pero después, cuando se desvaneció de pronto la familia de Lorient, las mismas personas que habían propalado la noticia fueron las primeras en desmentirla. Aquel robusto mozo de cuello de toro y barba que le llegaba á los ojos, era un ánimo débil y pacífico,

enteramente sometido á la influencia de su madre; y la Sra. de Fénigan lo quería demasiado para permitir que otra mujer fuera á instalarse en la casa. La prueba es que el día que la joven amazona de Lorient se creía más segura del éxito, al volver de una de sus cabalgatas, que por lo silenciosa y soñadora le había parecido decisiva, bastó que la Sra. de Fénigan dijera una palabra y lanzara una mirada á su hijo: « ¿La quieres? — No mucho, » contestó el joven sacudiendo sobre su bota de montar la ceniza de su pipa inglesa á la vez que sus inclinaciones amorosas. Al día siguiente se marchó la muchacha, sin que nunca más se volviera á hablar de ese tácito noviazgo. Sin embargo, poco tiempo después Ricardo Fénigan se casaba sin que su madre opusiera esta vez ninguna dificultad.

Las huérfanas del hospicio de Soisy iban todos los jueves á merendar en Uzelles, siguiendo antigua costumbre que databa de los primeros años de Ricardo. La Sra. de Fénigan se sometía á esta obligación menos por las muchachas, que habrían preferido comerse sus bizcochos fuera, en medio del polvo del camino, que por el placer de encontrarse con las religiosas, personas casi todas de mucha distinción y delicadeza de sentimientos. Un jueves que Ricardo, que se había quedado por

casualidad en la quinta, asitía á esta visita de las huérfanas, preguntó á su madre durante la comida :

— ¿Quién es esa muchacha alta, delgada y pálida, con ojos de color gris plateado, aterciopelado... que estaba junto á Sor Marta, la irlandesa?

— Pues Lidia, la pequeña Lidia.

— ¿Cómo, la horrible pordioserilla?...

Y de pronto, en la colección de chicuelos legañosos, escrofulosos, cabezas de miseria y de vicio, por encima de aquellas pequeñas hospicianas, surgieron ante su vista, debajo de la rizada y fina cabellera que se desbordaba del triste sombrero de paja, las arrogantes y melancólicas facciones.... ¡Aquella la pequeña Lidia! ¡Esa hija del camino, del foso, recogida en un montón de andrajos sin marca alguna, quince años atrás, se había convertido en tan preciosa criatura!

— Y si la oyerás el domingo en el órgano de la capilla... ¡Ah, la irlandesa puede estar orgullosa de su obra; esta pequeña Lidia es una perfección!... Digo pequeña, cuando es tan alta como yo.

Al domingo siguiente, Ricardo acompañó por primera vez á su madre á la misa del hospicio; y durante todo el servicio divino, sus ojos no se apartaron del delicado perfil inclinado sobre e

órgano en el fondo del coro. ¡Oh, no, aquella no podía ser una hospiciana como las otras, su nacimiento no podía tener el mismo origen impuro. ¿Cómo explicarse, en caso contrario aquellos instintos aristocráticos, aquella aptitud para la música que maravillaba á Sor Marta?

Varias veces asistió Ricardo á la misa de Soisy; el jueves se quedaba en la quinta para asistir á la merienda de las huérfanas. La Sra. de Fénigan pudo obtener un día que la irlandesa tocara con su discípula una sonata á cuatro manos en el piano del salón, casi inservible ya, y cuyas teclas tenían sonidos aflautados de caramillo. Ricardo salió antes de que terminara el trozo. « Tenía demasiado calor », contestó brutalmente cuando quisieron hacerle confesar su emoción. Y sin embargo, desde aquel día el pobre muchacho no cesó de tararear esta sonata, tratando de reproducirla en el piano que tocaba con mano torpe. Por lo demás, continuaba su vida activa, cazando, yendo á las redes en compañía de su guardapesca, pero más silencioso que nunca, con la boca cerrada para el secreto que su madre presentía y que no tardó en arrancarle.

— Adivina quien vendrá á comer la semana próxima, le dijo una noche entre dos partidas de ajedrez.

Y como él, que seguía rumiando sus ensueños no contestara, ella añadió:

— El obispo de Versalles.... Viene á decir la misa en el hospicio el día que Lidia tome el velo.

— ¿Va á hacerse religiosa?

— ¿Qué quieres que haga sin fortuna y sin familia? Aun tiene la suerte de que las hermanas no le pidan dote....

Ricardo cambió de color y abandonando el juego, se perdió en la oscuridad del jardín. La Sra. de Fénigan lo encontró en una pequeña caseta que servía de sala de armas y depósito para los utensilios del jardinero, en pie y con la frente pegada á una vidriera á que la clara luna daba reflejos de moaré.

— ¡Niño ruin!...¿ por qué no decías que la quieres?

— Ah, mamá.... mamá....

Estas dos palabras, únicas que pudo contestar, salían violentamente de su boca hinchada, calenturienta, mientras que las lágrimas que brotaban de sus ojos corrían á lo largo del vidrio en gotas gruesas como la lluvia de tempestad y que todo su robusto cuerpo temblaba. ¡Si la quería, Dios mío! Pero jamás se hubiera atrevido á decirlo por temor á una negativa.

— Tonto, tonto, reprendía suavemente la madre

como si tu dicha no fuera mi única ambición. La idea de que su hijo prefería aquella pobre, aquella huérfana, contribuía también mucho á la indulgencia maternal; pues al fin y al cabo, una muchacha que les iba á deber todo, no se atrevería á llevar consigo nueva autoridad, una voluntad contraria á la de la Sra. Fénigan, reina única desde tanto tiempo hacía.

Lidia aceptó en seguida la proposición de matrimonio. ¿Acaso con alegría? ¿Ó sintió que no fuera el marido soñado? Nadie lo supo. En la primera visita de Ricardo, cuando fué á hacerle la corte en el locutorio de cortinillas blancas, como las paredes, donde la imagen de la Virgen, adornada con un largo rosario pendiente, y la de un San Vicente de Paúl de madera dorada protegían los dos testers, ella le recibió con sonrisa afectuosa y sencilla, sin ninguna cortedad debajo de su gorrito de miseria y su horrible esclavina, como si hubiera sido la novia más rica y mejor aparentada. Era, lo mismo que Fénigan, concentrada y silenciosa; pero la timidez de la mujer más pacata no se parece á la del hombre, porque siempre conserva el sentimiento, la seguridad de su encanto. Por otra parte, de aquellas dos personas, una no amaba aún, mientras que la otra, paralizada por la pasión, no podía pronunciar una

palabra. Turbación tan profunda, tan sincera, que hasta participó de ella la joven, de manera que permanecieron un momento inmóviles, sin poder pronunciar una palabra.

Por fortuna, el camino de Corbeil, que pasa delante de las ventanas del locutorio, vino á sacarlos de esta situación. La huérfana lo conocía en sus menores detalles, pues había pasado como Ricardo horas y más horas mirando detrás de los vidrios. Hablaron, pues, de él como de una función teatral á que hubieran asistido ambos y cuyas peripecias y personajes describían. ¡Oh! la carretilla de Robín; y los chicuelos del peón caminero, ya grandes, pero reemplazados siempre por otros pequeños Robín que gastaban los pantalones viejos y los codos remendados de los mayores. ¡Oh! el jorobadillo vendedor de zapatos; y el turco cubierto de pieles raídas que pasaba todos los otoños con su oso, que tanto miedo daba á Lidia cuando niña, aunque sin embargo menos que el tío Jorge y su largo bastón. ¿Puede imaginarse la fantasía de aquel siniestro vagabundo, que se empeñaba en seguir á las huérfanas en sus paseos sólo cuando Lidia iba entre ellas? La chiquilla soñaba con él por las noches y el jueves no se atrevía á salir. Al fin, para impedir la persistencia de aquel viejo chi-

flado hubo que amenazarlo con los gendarmes.

— ¿Sabe V. que el tío Jorge vive todavía? preguntó Ricardo á la muchacha.

— Lo sé, contestó ella, pero ya no me da miedo aunque siga llevando su palo y á pesar de que cuando pasa cerca de mí murmura no sé qué cosas en su dialecto de Alsacia.

Una á quien ya no se veía era la pastelera de Soisy, buena vieja encorvada y muy limpia que trotaba por el camino los domingos á la hora de vísperas con un gran delantal blanco llevando debajo del brazo un cesto tapado con una servilleta blanca, á través de la cual pasaba un excelente olor de pastas todavía calientes. No obstante su edad, proveía á todo Soisy, Uzelles y aun Draveil, y llena de orgullo por tener en su clientela á los Fé-nigan, decía en tono respetuoso á las huérfanas que registraban su cesto y querían llegar demasiado al fondo: « cuidado, niñita, que esos tienen vainilla y son para el señorito Ricardo. » La historia de esos pasteles con vainilla, que Lidia recordaba con chiste imitando el vetusto saludo de la vendedora, les hacía morir de risa; pero la chica se guardaba de confesar que en aquella época participaba también de la veneración de la anciana por Ricardito, sus pasteles y los habitantes todos de la quinta. Otra cosa que tampoco